

palabras mayores

DEL HECHO AL DICHO



Gregorio Doval

Un documentado y apasionante análisis del origen y el sentido de frases hechas, dichos, modismos, locuciones, frases célebres y expresiones proverbiales de la lengua castellana.

*En **Del hecho al dicho**, Gregorio Doval hace un alarde de verdadera sabiduría literaria al recopilar y glosar con firme estilo cerca de dos mil quinientas expresiones del inacabable acervo de frases hechas, dichos, modismos, etc., que la lengua castellana posee. Diariamente empleamos en nuestro habla coloquial decenas de expresiones que, nacidas al albur de algún hecho, de alguna autoridad o de alguna tradición, nos hemos acostumbrado a escuchar sin preguntarnos cuál es su origen o su sentido último.*

Algunos ejemplos bastarán para despertar la memoria y la curiosidad del lector: ¿Por qué decimos A Zaragoza o al charco, Échale guindas al pavo, ¡Naranjas de la china!, No hay tu tía, Llámalo hache o Lo que faltaba para el duro? ¿Quién fue el primero en decir Dentro de cien años todos calvos? ¿Quiénes eran Picio, Abundio y Carracuca, que nos sirven hoy de modelo de fealdad, estupidez y desamparo respectivamente?

***Del hecho al dicho**, que posee personalidad propia y supone un sobresaliente avance en la investigación de la materia tratada, se completa con un índice alfabético en el que se ha incluido el análisis de otras mil quinientas frases, lo que hace del volumen —además de una apasionante lectura— un valioso instrumento de consulta.*

***Del hecho al dicho**, en fin, es un libro de bigotes que se lleva el gato al agua.*

Para mis padre, a quienes debo, ademas de la vida, su amor y otras muchas cosas importantes, dos fundamentales: raíces y alas.

PRÓLOGO

En el libro que tiene usted en sus manos se tratan, explican y glosan cerca de dos mil quinientas frases hechas, dichos, modismos, locuciones, frases célebres, comparaciones populares y expresiones proverbiales. Su recopilación, que ha llevado varios años, ha resultado una ardua labor que, sin embargo, no se debe aplaudir, sino más bien envidiar, pues ha sido muy gratificante.

El acervo castellano de frases hechas, modismos y expresiones es casi inagotable. Sabedor de ello, me propuse desde un principio no perseguir inútilmente la exhaustividad. Y puesto a tratar sólo lo esencial, opté por desechar un gran número de modismos cuya inclusión, en unos casos por su escaso o nulo uso, y en otros por su significado y origen obvios, nada aportaría al conjunto. Sin descuidar la intención de llegar a alguna conclusión en cada glosa, he pretendido ampliar la representación de frases proverbiales hasta un límite razonable y ambicioso, con el objetivo de potenciar al máximo el valor de uso de esta obra. Ciertamente que otros centenares de ellas se han quedado en el tintero, pero ha de tenerse en cuenta que siempre he tenido presente la enseñanza implícita en la vieja máxima que señala que “hay ciertos libros que parecen hechos más para desarrollar el brazo que los sujeta que el cerebro que los asimila”. Entiéndaseme: no había sitio para más; ya saben: el saber sí ocupa lugar. Faltan, pues, muchas expresiones proverbiales; eso se puede notar enseguida. Pero las incluidas son suficientes —y más numerosas que en otras obras simi-

lares— como para pensar que, a grandes rasgos, pocos quedarán a este respecto insatisfechos.

Paralelamente, mi doble intención ha sido la de, por un lado, reunir, de modo extractado y puesto al día, todo lo dicho anteriormente por otros sobre el origen y la evolución de las expresiones; y, por otro, aportar cuanto fuera posible de investigación propia, tanto en lo referente a la selección de expresiones en pleno vigor y de reciente nacimiento, cuanto en la actualización de las definiciones y glosas que sobre el resto se solían hacer en libros similares. Por así decir, no he pretendido hacer arqueología fraseológica, sino, desde mi formación periodística, partir desde la mención biográfica de las expresiones para poder revisar a fondo y con cierto rigor la actualidad y la vigencia de cada una de las incluidas en la obra.

En consecuencia, he prescindido de ejemplos de uso y de citas eruditas, que, en todo caso, y como suele ocurrir en las obras comunes a ésta, sólo serían prestamos de otros autores y que no harían si no entorpecer su lectura y su utilidad; he pretendido, pues, no consumir inútilmente espacio —del libro— y tiempo —de ustedes—, además de no poner a prueba la paciencia del editor. Alguien dijo cargado de razón que “muchos libros no se escriben para que los lectores aprendan algo, sino para que sepan lo que aprendió el autor”. Éste no es el caso.

Dicho de otro modo: ésta no es una obra erudita. Fue una tarea divertida para el autor y espero que resulte una obra amena para los posibles lectores. En definitiva, sólo es, sencillamente, el ofrecimiento de los hallazgos y descubrimientos que el autor ha hecho en una paciente labor de rastreo y contrastación. El ofrecimiento de un amigo que quiere poner a disposición de otros lo que a él le divirtió conocer, con la presunción de que a ellos también les será útil y, tal vez, entretenido.

Vaya también de antemano otra declaración de principios: este libro es obra mía, desde luego; pero también, y no en escasa medida, de todos aquellos que, desde casi el mismo nacimiento del idioma castellano, han venido recopilando, investigando, glosando y dando a la luz magníficos trabajos sobre el mismo campo de estudio que a mí me ha ocupado. En el trabajo de tan importantes maestros se basa, aunque no sólo, esta obra. De ellos, en muchas ocasiones, sólo he sido un admirado lector y un humilde y fiel transcriptor. Muchos de los nombres de estos ilustres predecesores son mencionados al paso en el texto y en la bibliografía que cierra esta obra. Pero allí no hay constancia del homenaje y del agradecimiento que aquí quiero hacer explícitos. De ellos he tomado muchos de los datos en que se apoya esta obra; mas sirva en mi descargo argüir aquel viejo argumento cínico según el cual “cuando se copia a uno se llama plagio, pero cuando se copia a muchos, se llama documentación”. En justa correspondencia, estaría orgulloso y satisfecho si otros pudieran aprovecharse de mi trabajo y, en general, si saciara alguna curiosidad y despertase alguna inquietud.

Otro aviso: todas y cada una de las explicaciones apuntadas son sólo tentativas. En modo alguno, se trata de sentar cátedra y afirmar nada de modo concluyente. No. Lo que se dice no es sino un punto y seguido que enmarca el comentario de todo lo que se ha podido averiguar hasta el momento sobre el origen de cada una de las expresiones. Al hilo de ello, he preferido presentar todas las explicaciones que otros han dado a las frases hechas, aunque fueran discrepantes, eludiendo —o, al menos, poniendo en cuarentena— tan sólo las que me han parecido más insostenibles y, no obstante, tomando partido cuando ello me ha parecido discernible, pero intentando no dogmatizar ni dar por zanjada casi ninguna cuestión e, incluso, haciendo ex-

plícitas mis ignorancias y mis dudas e incredulidades —que, sin duda, no siempre coincidirán con las de los lectores.

En este sentido, creo honesto avisar de antemano que no todas las explicaciones de los orígenes aducidos para las frases hechas son plenamente convincentes, aunque sí puedo dar fe de que todas ellas han sido defendidas, con mayor fundamento que el mío, por ilustres antecesores.

Todo esto en cuanto a las excusas y las coartadas; párrafo es ya de entrar en verdadera materia. A más de uno podrá parecerle baladí el tema de adentrarse en la indagación del posible origen de las frases proverbiales. Aunque es de imaginar que los que sean de esta opinión difícilmente habrán llegado hasta este punto del prólogo —de hecho, ni siquiera el libro en sí les habrá llamado la atención en los anaqueles de la librería—, permítanseme unas palabras sobre ello.

Uno de los rasgos distintivos del ser humano es su capacidad de hablar. Y eso, además de ser una perogrullada, es muy importante. Cierto es que hay otros caracteres tanto o más propios y definitorios del ser humano —por ejemplo, la agresividad y la violencia, la sexualidad, la codicia, la envidia y otras batallas—, pero estos importan menos a los efectos de lo que aquí se trata. Lo que hace, pues, humano al ser humano es su facultad de hablar. (Algunos, más escépticos, añaden que si además supiéramos callar y escuchar, entonces ya seríamos perfectos).

Pero hay que concretar más. El ser humano no sólo habla; fundamentalmente lo que hace es expresarse; expresa sus emociones, sus sentimientos, sus deseos, sus necesidades, sus datos o sus ignorancias. Y para ello se sirve de lenguajes que a veces son corsés demasiado poco flexibles para matizar convenientemente la complejidad de nuestros mensajes. Afortunadamente, toda lengua viva es un ente inquieto que crece y evoluciona, que continuamente dese-

cha lastre e incorpora nuevo equipaje; un ente de memoria selectiva en el que no siempre triunfa y perdura lo mejor, ni siquiera lo más eficaz, sino simplemente lo más oportuno o lo más sugestivo. La continua transformación y enriquecimiento del lenguaje, fundamentalmente del hablado, obedece a muy diversos factores, entre ellos, por supuesto, la casualidad. Toda lengua viva, parafraseando a Moliere, «toma su bien allá donde lo encuentra».

Generalmente, los hablantes nos ajustamos a las posibilidades y la versatilidad del lenguaje que manejamos; pero, también a menudo —mucho más de lo que creemos comúnmente— trascendemos consciente o inconscientemente sus límites; forzamos sus fronteras, contrabandeando significados y sentidos y recreando semánticamente nuestro propio lenguaje. Esta labor cotidiana, continua, es, ni más ni menos, la manifestación y a la vez la energía que vivifica la lengua. Las academias y demás autoridades lingüísticas sólo se ocupan de los conductos y cauces “normales” por los que discurre la vida de los idiomas. Ellos, y está bien que lo hagan, marcan las veredas y las cañadas oficiales por las que ha de viajar el idioma; pero el habla, juguetona y eternamente joven, aprisca y zascandilea fuera de ellas; ramonea y trisca en otros muchos vericuetos del camino y abreva en cualquier fuente. El habla popular no se recata y vive a su propio aire. Y así tiene que ser. No es desdoro para los eruditos decir que si de ellos solos dependiera dar aliento a los idiomas, aún hablaríamos en latín. Entre ellos que homologan y todos que inventamos, el vocabulario, incluido el fraseológico que aquí nos ocupa, se va conformando, con sus enriquecimientos y mermas, con su constante transformación.

De igual modo que los sastres confeccionan trajes, pero los que los vestimos hacemos los arreglos oportunos para acomodarnos a sus hechuras, el habla popular, o mejor dicho, los hablantes, nos ajustamos a las tallas, a las modas y

a las finalidades de cada momento histórico, de cada instante concreto y de cada persona, y continuamente creamos nuevas expresiones, nuevas metáforas para dar expresión a todas nuestras intenciones y a todos nuestros mensajes. Ajustamos pues los trajes a nuestros intereses. Y algunos de esos ajustes en forma de frase hecha, de modismo o de expresión proverbial, triunfan y se quedan prendados y prendidos en la memoria colectiva. De ellos trata esta obra.

Pero ¿qué es una frase hecha? ¿Y qué un dicho, un modismo o una locución? ¿En qué se diferencian unos de otros? La verdad, es que no se trata de un tema fácil de dilucidar. Su definición es un tema de fronteras; y, como todo litigio fronterizo, provoca controversias. El Diccionario de la Real Academia —al menos, por esta vez— no parece ayudar mucho; más bien al contrario: las definiciones que da para todas estas posibles categorías están tan supersupuestas que uno no acaba de llegar a una conclusión satisfactoria. Y enmarañado en ese jardín, uno se ve en la necesidad de formular sus propias definiciones. Bien, llegados a este punto, no conviene arredrarse. Acepto la tarea y voy brevemente a ello.

Este libro distingue cinco grandes apartados, a saber: ① frases hechas y dichos; ② modismos y locuciones; ③ comparaciones populares; ④ frases célebres, y ⑤ expresiones proverbiales. Ustedes podrían pensar que esta división, además de artificial, es arbitraria y subjetiva. Si creen eso, están totalmente en lo cierto. Cuando uno se adentra por este terreno fraseológico entra por un sendero ajardinado, pero pronto uno se ve en una frondosa foresta, para acabar en una selva enmarañada en la que, si se me acepta la hipérbole, es muy fácil perderse. Para desbrozar la maraña sólo cabe confiar en que la orientación personal no sea del todo mala.

En el primer capítulo se comenta un buen ramillete de frases hechas y dichos. El Diccionario define la frase hecha o proverbial como «la que es de uso común y expresa una sentencia a modo de proverbio» y el dicho como «palabra o conjunto de palabras que expresa oralmente un concepto cabal». A los efectos de esta obra se ha entendido como frase hecha —A BUENAS HORAS, MANGAS VERDES— y como dicho —¡ABRE EL OJO!— la frase cabal con sentido propio —a menudo diferente del directo—, de raíz y de uso proverbial generalizados, y de construcción y sintaxis perfecta o perfectible que, a modo de refrán, pero sin su carácter sentencioso, expresan un concepto comúnmente aceptado por todos.

En el segundo capítulo se glosan locuciones y modismos. El Diccionario define la locución como «combinación estable de dos o más palabras, que funciona como oración o como elemento oracional y cuyo sentido unitario no siempre se justifica, como suma del significado normal de los componentes», y al modismo como «expresión fija, privativa de una lengua, cuyo significado no se deduce de las palabras que lo forman». Como se ve, ambas definiciones no establecen una clara diferencia entre una categoría y otra. A efectos de esta obra, he entendido por locución —por ejemplo, A CENCERROS TAPADOS— la agrupación de dos o más palabras que, cumpliendo una función generalmente matizadora —adverbial, adjetiva, etc.— de la frase en que se incluyen, tiene un significado a menudo muy diferente del propio de las palabras que la forman. El modismo —verbigracia, ACUDIR AL RECLAMO—, por su parte, se diferenciaría por ir antecedido siempre por un verbo que permite su utilización aislada y que concreta con mayor precisión su significado. Todos los modismos recogidos en esta obra presentan su verbo en infinitivo, aunque en la práctica se suelen usar conjugados.

El tercer capítulo contiene lo que he dado en llamar comparaciones populares. En realidad se trata de modismos, locuciones y símiles de todo tipo, que se usan para calificar, por vía comparativa, metafórica, metonímica y en todo caso figurada, determinados atributos de las personas, cosas o ideas a las que se aplican.

El cuarto capítulo está reservado a lo que llamo frases célebres y citas, es decir, a aquellas frases elevadas a la categoría de proverbiales, de uso más o menos generalizado en el habla, surgidas o acuñadas en circunstancia histórica concreta, conocida, contrastable y generalmente datable, o bien extraídas de una obra literaria de cualquier tipo. En ambos casos, se trata de frases con autor conocido o desconocido, pero conocible.

El quinto y último capítulo contiene una extensa relación de expresiones proverbiales, esto es, de aquellas formadas por lo común por varias palabras, pero que no forman frase hecha, modismo, ni siquiera locución, pues no están articuladas, y que suelen ser utilizadas como apelativos, calificativos, vocativos o simples exclamaciones, todas de carácter e intención elíptica y eufemística muchas veces, que actúan como auxiliares del habla para enriquecer su expresividad.

Sólo me queda confiar en que esta obra, con sus imperfecciones, pero también con sus virtudes, les satisfaga y les ayude a despejar alguna inquietud o curiosidad que tuvieren respecto al origen y verdadero significado de una amplia selección de los muchos dichos, frases hechas y expresiones proverbiales al uso de los cuales somos dados somos casi todos los españoles.

Gregorio Doval

Madrid, agosto de 1995

CRITERIOS Y SÍMBOLOS DE EDICIÓN

Cada uno de los capítulos que forman esta obra siguen una ordenación alfabética estricta, entendiéndose por ella la que no tiene en cuenta si la expresión está formada por una, dos o más palabras. Además, para facilitar su uso, y al hilo de las últimas tendencias, se han incluido las frases que comienzan por CH o LL en su lugar ortográfico correspondiente dentro de las letras C y L.

Cada dicho, frase o expresión va precedido por la definición que da el Diccionario de la Real Academia en su última edición de 1992, caso de que exista. Esta definición oficial aparece distinguida tipográficamente mediante su escritura en letras cursivas y la anteposición de un círculo (●) que las destaca.

Cuando en la definición o glosa de una frase se menciona otra que está también explicada en su lugar correspondiente dentro de esta obra y cuya consulta puede ser conveniente, se ha resaltado tal circunstancia mediante la utilización de letras VERSALITAS. Igualmente, aparecen escritas con letras *cursivas* las frases hechas que son meras variantes de las que son tratadas en extenso.

Finalmente, se han destacado con letras **negritas** aquellas otras frases proverbiales que por estar directamente relacionadas con aquellas en cuya glosa aparecen, se ha preferido no tratar aparte.

DICHOS

y

FRASES HECHAS

¡Abre el ojo!

Expresión con que originalmente se ponía sobre aviso a quienes sembraban o segaban en terrenos plagados de *abrojos*, unas plantas de tallos largos y rastreros y fruto espinoso muy perjudiciales para las cosechas y muy peligrosas e incómodas, por sus espinas, para las personas. La expresión también se usó posteriormente en el lenguaje militar para aconsejar cuidado y atención a las tropas sobre la posible presencia en un terreno de *abrojos*, esta vez no dichas plantas, sino unas piezas de hierro en forma de estrella, con cuatro púas o cuchillas abiertas en ángulos iguales y dispuestas de tal forma que, al caer al suelo, siempre quedaba una de las púas hacia arriba. Estas peligrosas piezas de hierro eran diseminadas por el terreno para dificultar el paso del enemigo, principalmente de la caballería. En general, la expresión sirve hoy para poner sobre aviso a alguien de que es de su interés mantenerse bien atento a la situación actual o futura, ya para aprovecharse de alguna cosa beneficiosa para él (en este sentido, se suele utilizar también la frase hecha *¡Abre el ojo que asan carne!*), ya, más a menudo, para que pueda eludir algo perjudicial, o al menos anticipar su efecto (y entonces se suele decir *¡Ándate con ojo!*).

¡A buenas horas, mangas verdes!

- *Locución figurada y familiar con que se denota que una cosa no sirve cuando llega fuera de oportunidad.*

Esta frase proverbial proviene de los tiempos en que la Santa Hermandad tenía como misión reprimir, juzgar y castigar los delitos, principalmente los que se cometían fuera de ciudades y pueblos, en descampado, y especialmente los de los salteadores de caminos. La Santa Hermandad fue un tribunal instituido con especial jurisdicción y fuerza propia en la Edad Media y regularizado en las Cortes celebradas en la localidad abulense de Madrigal de las Altas Torres, villa natal de Isabel I, en 1476, al comienzo del reinado de los Reyes Católicos. Este tribunal sumarisísimo dispuso en sus primeros momentos de una milicia formada siempre por no menos de dos mil soldados a caballo, al mando del duque de Villahermosa, llamados comúnmente *cuadrilleros* porque prestaban sus servicios en cuadrillas o grupos de cuatro hombres. Los soldados de la Santa Hermandad no sólo se encargaban de las averiguaciones y pesquisas, sino también de la persecución, captura y custodia de todos los malhechores. Se les distinguía por su uniforme de mangas verdes y colete, y es a eso precisamente a lo que alude el dicho. En su primera época, la Santa Hermandad cumplió su función con eficacia, energía y contundencia, logrando, por ejemplo, reducir al mínimo la plaga de bandolerismo que asolaba el territorio peninsular. Sin embargo, con el paso del tiempo, su disciplina y su eficacia fueron decreciendo, a la par que aumentaba el rechazo popular hacia la ins-